Estaciones de la Cruz, Catedral de St. James, Seattle WA, con reflexiones sobre el trayecto de la adicción

Aviso: Las reflexiones a continuación "Te adoramos…" al inicio de cada estación vienen de https://www.stjames-cathedral.org/Prayer/jkblstations/stations.htm. Yo he escrito las reflexiones en relación a la adicción que aparecen en letra *bastardilla;* estas vienen después de cada una; estación por estación, y antes del verso del Salmo 31.
-MW

Primera estación: Jesús es condenado a muerte

Te adoramos ¡Oh Cristo! y te bendecimos
porque por tu santa cruz has redimido el mundo

Se acabó.
Hemos juzgado al Señor y lo hemos condenado a muerte
Pilatos está sentado en su trono en el sitio llamado Gabattá (**JN**, 19, 13)
¿No tienes nada qué decir? dice Pilatos
y Jesús no responde
la condena se emite en hebreo, latín y griego
nada queda omitido
y tú puedes ver a la turba que grita
y al juez que se lava las manos.

El diagnosis de la adicción puede sentirse como una condena a muerte. Tal vez nosotros lo hemos sentido por años como si algo no anduviera bien con nuestro ser amado. Y entonces nos enteramos. Él o ella puede que hayan estado luchando por años con ésta enfermedad que es "física, mental y espiritual" y que impacta cada estrato de la vida. Muchos en la sociedad gritan que el que el adicto es quien tiene la culpa. Hay muchos "sistemas" que se lavan las manos de los que padecen de la adicción. Jesús, ayúdanos a entender la adicción como enfermedad y tratar a los afligidos con compasión.

¡Exulte yo y en tu amor me regocije!
Tú has visto mi miseria,
y has conocido las angustias de mi alma (Salmo 31, 8)

Segunda estación: Jesús recibe su cruz

Te adoramos ¡Oh Cristo! y te bendecimos
porque por tu santa cruz has redimido el mundo

Le devolvieron su ropa y le traen su cruz
"¡Salve," dice Jesús, "oh cruz que tanto tiempo yo he deseado!"
¡Ah, que momento tan solemne –
en el que Cristo, por primera vez,
acepta la cruz eterna!
¿Vas a cargarla tú sólo Jesús?
Deja que yo tome mi turno con paciencia
con la cruz que tú quieres que yo cargue.
Porque debemos cargar la cruz
antes de que la cruz nos cargue a nosotros.

Nadie crece pensando: "cuando yo crezca, quiero ser adicto." Ningún padre se imagina ese futuro para su hijo o hija. Sin embargo, la cruz de ésta enfermedad es una carga pesada para todos. Y la aceptación es el primer paso para poder lidiar con esto. Cando miramos las obras de arte de ésta estación, es como si los que trabajan en nuestra contra están a la mano izquierda: los traficantes, los profesionales displicentes, aquellos dispuestos a condenar. Pero también ellos puede ser que sean victimizados dentro de su papel. Por un lado vemos a María, que representa a los que aman a ésta persona y se hallan impotentes. Ayúdame, Jesús, a tener paciencia con mi ser amado y a mí misma al cargar la cruz de ésta enfermedad que con frecuencia nos arrastra.

¡Exulte yo y en tu amor me regocije!
Tú has visto mi miseria,
y has conocido las angustias de mi alma (Salmo 31, 8)

Tercera estación: Jesús se cae por primera vez

Te adoramos ¡Oh Cristo! y te bendecimos
porque por tu santa cruz has redimido el mundo

¡En camino!
Víctimas y verdugos van juntos hacia al Calvario.
Dios, el que arrastran por el cuello,
de repente tropieza y se cae al suelo.
¿Qué dices tú Señor, de ésta primera caída?
¿Cómo te diste tú contra la tierra que tú creaste?
¡Ah!, no es sólo el buen camino, sino el difícil.
¡El camino del mal es traicionero y empinadotambién!
No se entra por la puerta delantera;
hay que aprendérselo piedra a piedra
y con frecuencia tropieza tu pie,
aunque persista tu corazón.

Todos hemos caído. Los que sufren de la adicción probablemente recuerdan la primera vez que tropezaron, puede que sea una sobredosis, una re-caída, un lapso o un colapso. Con esta enfermedad tantos se tropiezan, aunque su corazón pueda persistir. Puede ser que escojan probar otra sustancia, pero nadie escoge ésta enfermedad. Jesús, tu has entendido éste camino piedra a piedra, ayúdanos a comprender nuestro sendero a través de ésta enfermedad día a día. –y a veces hora por hora, o minuto a minuto. Danos la fuerza que tú conseguiste en el camino al Calvario, para no desanimarnos.

¡Exulte yo y en tu amor me regocije!
Tú has visto mi miseria,
y has conocido las angustias de mi alma (Salmo 31, 8)

Cuarta estación: Jesús se junta con su madre

Te adoramos ¡Oh Cristo! y te bendecimos
porque por tu santa cruz has redimido el mundo

La cuarta estación es de María, quien lo ha aceptado todo.
La madre mira a su hijo, la iglesia a su Redentor.
Ella está callada ante Dios, y le ofrece su alma para que la lea.
No existe nada en su corazón que ella se guarde o lo rechace
no hay fibra de su corazón, herido con puñal,
que ella no acepte o permita.
Ella lo acepta y mira al hijo que concibió en su vientre.
No dice palabra alguna
y mira al Recinto Sagrado.

Con cuanta frecuencia el que sufre de adicción no puede enfrentarse a su familia. Y cuando una madre o padre mira a su hijo o hija, o esposo, esposa o pareja, o el niño o niña a sus padres; entonces el dolor en la cara de María lo dice todo. Jesús, ayúdanos a ofrecerle a nuestro Padre Celestial nuestra alma para que la lea, para quedar abiertos al consueloque sólo Dios nos puede dar.

¡Exulte yo y en tu amor me regocije!
Tú has visto mi miseria,
y has conocido las angustias de mi alma (Salmo 31, 8)

Quinta estación: Simón de oayuda a Jesús (**Luc**., 23, 26)

Te adoramos ¡Oh Cristo! y te bendecimos
porque por tu santa cruz has redimido el mundo

Llega el momento cunado no se puede proseguir,
cuando no podemos adelantarnos.
Es aquí donde hallamos nuestro sitio, cuando nos lo permites,
donde tambiénnosotros podríamos ser útiles
aunque sea por la fuerza, con tu cruz.
Es así como a Simón Cireneo
lo llaman hacia éste madero.
El lo toma con firmeza y camina detrás de Jesús,
sin que ninguna parte de la cruz se arrastre al suelo,
y se pierda.

En el camino de la adicción, llegan momentos cuando sentimos como si no pudiésemos avanzar, no podemos progresar. Sin embargo, a veces como sin saber de dónde, llega alguien, viene al lugar de los hechos y nos da algún alivio, sólo unas palabras de aliento, unos vestigios de esperanza. Debemos dejar de lado todas nuestras pre-concepciones acerca de quiénes puedan ser ésos ángeles y permanecer receptivos a la bondad que nos rodea. Jesús, ayúdanos a aceptar con gracia a los que nos apoyan, cuan improbables parezcan. Y mantén en tus plegarias a los que titubean a ofrecer apoyo, como lo fue Simón al principio.

¡Exulte yo y en tu amor me regocije!
Tú has visto mi miseria,
y has conocido las angustias de mi alma (Salmo 31, 8)

Sexta Estación. Verónica limpia la cara de Jesús

Te adoramos ¡Oh Cristo! y te bendecimos
porque por tu santa cruz has redimido el mundo

¡Una vez más, Verónica, déjanos ver
la tela que tú guardaste
la cara del Sagrado Viático
el velo de lino sagrado
adonde Verónica escondió la cara del segador
para que su imagen se apegue allí eternamente,
ésa imagen hecha de sangre, lágrimas
y nuestro escupitajo!

Parte de la aflicción de la adicción va de la mano con estar oculta. Hay un "velo secreto" que puede intentar esconder el uso de sustancias, la ruina financiera, un espacio de vida caótico. Nuestro ser querido comienza a parecer un fantasma de su ser saludable. Jesús, ayúdanos a recordar cuán saludable puede parecer y estar, por que todos nosotros estamos hechos a imagen y semejanza de Dios. Démosle gracias a nuestras Verónicas, quienes han tomado y compartido las preciadas fotos de nuestros ser querido.

¡Exulte yo y en tu amor me regocije!
Tú has visto mi miseria,
y has conocido las angustias de mi alma (Salmo 31, 8)

Séptima Estación, Jesús se cae por segunda vez

Te adoramos ¡Oh Cristo! y te bendecimos
porque por tu santa cruz has redimido el mundo

No es la piedra a nuestros pies,
ni la soga que nos tira violenta
es el alma que tropieza de repente.
¡En medio de nuestras vidas!
¡O caída voluntaria!
Cuando el centro no es ya el amor,
la fe no es el cimiento,
porque el camino es largo,
y el final está lejos;
porque estás sola
y no hay consuelo

Una caída más de nuestra cruz de la adicción – una re-caída, un lapso o un colapso, o una sobredosis. Porque la enfermedad ha roto el cuerpo, la mente y el espíritu; el uso compulsivo toma prioridad por encima del amor que es el centro de la vida. Tu corona de espinas parece el símbolo de la adicción porque toma al cerebro como rehén. Jesús, cuando sentimos que el camino se alarga tanto, llénanos de tu amor, tu fortaleza, tu consuelo para poder alzarnos y seguir el camino hacia la resurrección.

¡Exulte yo y en tu amor me regocije!
Tú has visto mi miseria,
y has conocido las angustias de mi alma (Salmo 31, 8)

Octava estación. Jesús se junta con las mujeres de Jerusalén

Te adoramos ¡Oh Cristo! y te bendecimos
porque por tu santa cruz has redimido el mundo

Antes de escalar la montaña por última vez,
Jesús levanta su dedo
Se dirige a la gente que lo acompaña,
a las pobres mujeres con sus niños de brazos
¿Acaso no es un hombre que levanta su dedo entre la muchedumbre?
Éste hombre es Dios que sufre por nuestra salvación.
¡Éste hombre es Dios Todopoderoso; es cierto entonces!
¡Realmente existió un día
cuando Dios sufrió por todos nosotros!

El sufrimiento de los adictos se extiende a toda la familia, al conjunto de amigos y la comunidad. Nos demos o no cuenta, todos sentimos el peso de la adicción con la salud y la seguridad pública. Cuánto talento potencial queda interrumpido y sin desarrollarse. Especialmente si recordamos a los pequeños aún no nacidos o recién nacidos que ya tienen el impacto de ésta enfermedad. Jesús, tu has sufrido por nosotros. Cuántos hay que padecen desde el principio por una adicción que no parece tener cara, pero que sí tiene nombres, y familias. Jesús, acércate a ellos, abrásalos y ayúdalos a llevar su camino.

¡Exulte yo y en tu amor me regocije!
Tú has visto mi miseria,
y has conocido las angustias de mi alma (Salmo 31, 8)

Novena estación. Jesús se cae por tercera vez

Te adoramos ¡Oh Cristo! y te bendecimos
porque por tu santa cruz has redimido el mundo

Me he caído otra vez, y ésta vez, se acabó
yo me levantaría, pero no hay manera.
Con el madero se acabó, pero no con lo hierros.

Jesús se cae una tercera vez,
pero es en la cima del Calvario.

Caído de nuevo. La recuperación difícilmente va en línea recta –se avanza hacia adelante, y se dan pasos hacia atrás. Aunque sea la tercera caída o la número trece, uno se siente como si no hubiera forma de levantarse. Jesús, ésos soldados de atrás están ciegos al dolor evidente. Ayúdanos a tener empatía con los que sienten dolor, especialmente cuando parece que no hay más que pueda darse. Ayúdanos a levantarnos, sabiendo que la recuperación PUEDE ser menos serpenteada según pasa el tiempo.

¡Exulte yo y en tu amor me regocije!
Tú has visto mi miseria,
y has conocido las angustias de mi alma (Salmo 31, 8)

Décima estación. Se le desnuda a Jesús

Te adoramos ¡Oh Cristo! y te bendecimos
porque por tu santa cruz has redimido el mundo

Ahora que se llevaron su túnica
la vestidura sin costuras,
alzamos los ojos y nos atrevemos a ver la desnudez de Jesús.
Te han dejado sin nada, Señor, te quitaron todo.
Dios está escondido.
Pero el Hombre Sollozante se queda.

La adicción parece que se lo lleva todo, a los vulnerables los dejan con las llagas expuestas al mundo, golpeados por las indignidades. A veces Dios no sólo parece escondido; ¿pero mudo? Para parafrasear al Papa Francisco: los descartados por el mundo se pueden sentir cerca de María; porque ella siente su doloren las yagas abiertas de Cristo, su hijo. Pero Jesús, tú sufres con nosotros. Ayúdanos a encontrar a Dios en los médicos, enfermeros, consejeros y familiares que nos prestan ayuda; y en la persona y las familias que sufren.

¡Exulte yo y en tu amor me regocije!
Tú has visto mi miseria,
y has conocido las angustias de mi alma (Salmo 31, 8)

Onceava estación. Jesús es clavado al madero

Te adoramos ¡Oh Cristo! y te bendecimos
porque por tu santa cruz has redimido el mundo

Han atado al cordero por los pies,
han amarrado al omnipresente.
Es difícil que a Dios se le calce a nuestra medida.
El estirado y casi dislocado cuerpo
cruje y gime
Te han capturado señor, y ya no te puedes escapar.
Te han clavado a la cruz de manos y pies.
Yo no puedo mirar hacia el cielo con ojos de hereje y necio.
Éste Dios es suficiente para mi,
al que sujetan los calvos.

Los estragos físicos y mentales de la adicción pueden hacer que el cuerpo y el cerebro se resquebraje y solloce. Sin embargo, el sufrimiento sentido se conecta al padecimiento de Cristo. ¿Cómo pueden hacer lo que hacen los soldados de ésta estación? Jesús, no puede ser que sepan que tú estás con ellos en ésta cruz. Ayúdanos a rezar por aquellos que han perdido su humanidad, ya sea clavándote a la cruz, o envenenando a tus seres queridos.

¡Exulte yo y en tu amor me regocije!
Tú has visto mi miseria,
y has conocido las angustias de mi alma (Salmo 31, 8)

Estación decimosegunda. Jesús se muere en la cruz

Te adoramos ¡Oh Cristo! y te bendecimos
porque por tu santa cruz has redimido el mundo

Por la noche, tiembla la gran cruz
con el aliento de Dios.
Nuestro Señor siente el peso
y su cabeza se agacha poco a poco.
Ya no pude ver a su madre
y su Padre lo abandona.
¿No recibiste ya suficiente vinagre agrio
mezclado con agua, por el que te sacudes
alzas de repente la cabeza y gimes: "Tengo sed!"
¿Estás sediento Señor? ¿Me llamas a mi?
¿Todavía te hago falta, con mis pecados?
¿Qué es lo que falta
antes de todo que se cumpla?

¿Cómo comprender ésta estación con nuestro corazón y nuestra mente? A la mujer a la izquierda le hormiguea el cuerpo, a la que está a la derecha le perturbala angustia. El camino de la adicción lleva a muchas muertes, no sólo a la muerte del cuerpo por sobredosis. Puede ser la muerte de los sueños, la enajenación, el encarcelamiento, o la fuga y ausencia. Jesús, ayúdanos, por favor, a las que nos quedamos pasmadas o muy angustiadas al ver a nuestros seres queridos sucumbir a la tragedia de los resultados de la adicción. A través de el Misterio Pascual, ayúdanos a ver cómo incluso entre los que sienten que llega el final; que se puede hallar esperanza en la resurrección, renacimiento, y renovación. Y que la muerte no es el fin, sino que de la muerte puede nacer una vida nueva.

¡Exulte yo y en tu amor me regocije!
Tú has visto mi miseria,
y has conocido las angustias de mi alma (Salmo 31, 8)

Estación decimotercera. Bajan a Jesús de la cruz

Te adoramos ¡Oh Cristo! y te bendecimos
porque por tu santa cruz has redimido el mundo

Acá termina la Pasión
y continúa la compasión,
Cristo no se halla ya en la cruz,
está con María, que lo recibe.
El Cristo que sufrió a la vista de todos
se esconde de nuevo en el regazo de su madre.
La iglesia toma a sus amados entre sus brazos.
La cruz termina aquí
y empieza el tabernáculo.

En ésta estación podemos ver la acción, ver las plegarias. Necesitamos ambas cosas para lidiar con los estragos que causa la adicción. Jesús, ayúdanos a obtener acción compasiva, asentada en las oraciones.

¡Exulte yo y en tu amor me regocije!
Tú has visto mi miseria,
y has conocido las angustias de mi alma (Salmo 31, 8)

Estación decimocuarta. Jesús es colocado en la tumba

Te adoramos ¡Oh Cristo! y te bendecimos
porque por tu santa cruz has redimido el mundo

La tumba, donde se coloca al Cristo muerto, después de sufrir,
el hoyo, abierto al último momento,
para que pueda él descansar allí esa noche,
antes de que resucite el que quedó punzado
y ascienda hacia El Padre.
Ahora que su corazón queda abierto y sus manos heridas
no hay ya cruz entre nosotros
al que no se acostumbrase su cuerpo,
no existe pecado entre nosotros
sin las llagas que a Él le correspondan.

El escenario está en tinieblas. Pero entre la luz de la luna y la luz de la aureola de Jesús; está por llegar la luz, podemos ver muchos colores y texturas. Jesús, en los momentos de nuestra más profunda oscuridad, nos ayuda a rezar por los que están presentes para ayudarnos, y así es cómo entre la calma podemos beber los colores y texturas que nos rodean con nuestra agonía, para poder darnos retazos de paz, el Shalom que integra las felicidades y alegrías.

¡Exulte yo y en tu amor me regocije!
Tú has visto mi miseria,
y has conocido las angustias de mi alma (Salmo 31, 8)

La resurrección del Señor

A través de la ventana sin cortinas, ya por algún tiempo,
he visto una estrellita que me brilla
Yo no duermo.
Pero la luz entre el sábado santo y la Pascua
no se logró durmiendo.
¡O feliz luz; sólo tú sabes
la hora en que Jesús fue alzado!
Ustedes, mujeres, ¿qué buscan en la tumba?
¡Jesús vive, ya no está aquí!
¡Y mi alma, también, se arranca de la tumba
con una risa bárbara!
¡Yo también he conquistado la muerte
y creo en Jesús, mi salvador!

La resurrección nos recuerda que siempre es posible la recuperación, y que los ángeles guardianes, y los ángeles a nuestro alrededor pueden ayudarnos. Jesús, con tu cruz y resurrección, permítenos rezar por todos los que entran, vuelven a entrar y mantienen su rehabilitación; ya sea por días, semanas meses, años o décadas. El misterio Pascual nos enseña que a través de la oscuridad llega la luz; del sufrimiento, la entereza; de la muerte, la resurrección.

¡Exulte yo y en tu amor me regocije!
Tú has visto mi miseria,
y has conocido las angustias de mi alma (Salmo 31, 8)

Le agradezco al padre John Adams del Christ the King Seminary de East Aurora NY, sus sabios consejos y comentarios al revisar conmigo las reflexiones sobre la adicción.

Melissa Weiksnar, febrero del 2018.

[Traducción de Víctor Eduardo Krebs, febrero del 2019.]